



Este sí recoleto y alfombrado

merced a la buena industria y las muy hábiles negociaciones llevadas a cabo por un cuñado de Carlota Manzano — casado con su hermana pequeña aunque profundamente enamorado de ella, Carlota, que por “cosas de la vida”, se dijo siempre aunque las tales “cosas” jamás trascendieron, y tan guapa como era, decidió en eso que se suele llamar la flor de la vida ingresar en un convento — que, muy bien relacionado con los mejores paisajistas de la ciudad¹, logró que Heriberto Trashorras, el más imaginativo de todos, cediera a los ruegos de la abuela de que, por favor, no quería marcharse de este mundo sin haberlo visto, a él, papá, su hijo, sentado no como un pasmarote en lo que alguna vez fuese desierto destartalado, atestado de sillas desvencijadas e infinidad de otros innumerables trastos, por el que la del notario (Margarita) transitase tocada con su salacot y sus trenzas de lana protestando — tanto como le gustaba gruñir — que a ver cuando alguien tenía la amabilidad de vaciarlo y colocar unas dunas de arena, doradita y como Dios manda, que la deprimía terriblemente, sino en uno de verdad con sus arriates y sus fuentes o, por lo menos, algún cocotero que, indefectiblemente, hacían enfadar a la señorita de turno (porque no siempre era Acracia, dependiendo del día de la semana o sí, aunque sí fuera el día concertado, tenía ella que ir al dentista o ser Ofelia) porque, decía, “a ver si puede ser que atendáis y nos pongamos todos de acuerdo en por dónde nos estamos moviendo” porque — le explicó a Heriberto — “tenga bajo qué cobijarse; que, y más si le toca verano, regresa todas las tardes el pobre hijo mío con la calva colorada” que era, justamente eso —dijo con un punto de sarcasmo —, lo que nos estaba faltando para montar un decorado que no veía ella, tan dispersos todos y poquito centrados, cómo íbamos a poder sacar adelante sin que se le notaran las juntas “y las manchas de ese tigre — reprendió a Isolda Cubero —, por favor más pequeñas y más juntas” y, también por favor, que no diese las puntadas tan largas ni volviéramos a “acordaros de mí”, dijo, cuando

¹ Debido ello tal vez a la obsesión que, en recuerdo de su amada, le quedó ya siempre por los jardines, fuesen o no de las Gordillo, y por las mimosas, fueran o no fueran —dependiendo de que la señorita tuviese prisa o no porque le tocase (o no; que le darían un disgusto porque tenía mucha ilusión y hasta los zapatos y un tocado) ser la madrina de la boda de Julianita o (que le hacía menos gracia) cargar con doña Loreto u Honorina la huérfana — plateadas porque decía, la señorita, que tampoco era imprescindible hilar tan fino cuando, además, lo que importaba a los espectadores era la historia de amor, y en los decorados casi nadie iba a fijarse.

Este sí recoleto y alfombrado

alguna idiota tuviese el sarampión o estuviese castigada, a lo que él respondió que estaba seguro, con unas explicaciones tan precisas, de poder complacerla a plena satisfacción porque “nosotros, señora, somos especialistas”. Y que ya vería qué contenta se quedaba.